



EDUARDO CASTILLO

Se entregó a la morfina no por perversidad constitucional ni disgenesia, sino por el determinismo congénito de su temperamento hiperemotivo. El único medio de encauzarlo dentro de la vida era fatalmente la droga.

Por Edmundo Rico

Eduardo Castillo fue víctima de la ciencia médica. De esta ciencia saturada de buenas intenciones pero que, no obstante su dogmatismo, a menudo se equivoca; frecuentemente se engaña y todavía, en vez de prolongar la breve curva de la existencia, la reduce sin quererlo o la disloca sin pensarlo.

Cuando en 1933, la Dirección Nacional de Higiene, movida por sano altruismo y en cumplimiento de inherentes normas suyas, emprendía severa campaña contra los toxicómanos, me opuse con poderosas razones a que ese martirologio entre la utopía y la realidad, a que tan estéril pugilato entre la experiencia y la lucubración, continuaran. No se me atendió.

Y aun cuando para ciertos seres la añoranza es disciplina espiritual que lubrica el presente mientras para otros resulta espolín que hiere su orgullo, parece que el tiempo se ha encargado —con frialdad tangible— de probar a quienes tan honrada y humanitariamente pretendieron redimir a los narcómanos, que el combustible azul de sus esperanzas provenía de Bizancio.

Eduardo Castillo, a pesar de que sabía —quizás como ninguno lo ha sabido— que la toxicomanía era incurable, sometiéndose, voluntariamente, a los dictámenes de la Dirección de Higiene o, a lo que yo llamaría valiéndome de alguna estrofa del poeta, al “candor primordial del paraíso”.

Funesto fue el resultado y dramáticas las consecuencias de aquella historia de profilaxis. La ciencia, en vez de prolongar la vida del poeta, la reducía sin quererlo, la dislocaba sin pensarlo.

Qué hacer, a cuál recurso apelar en parecido trance? Imposible dirigirse a la Dirección Nacional de Higiene en demanda del neepentes, puesto que ella misma, solícita y dogmática, habíalo sustraído de aquel cuerpo macilento pero que ahora como trofeo científico rondaba en tomo de la Nada.

Afortunadamente era por entonces Director Departamental de Higiene el profesor Jorge Bejarano. Hábil intérprete de los subsuelos del alma, este médico salvó a Castillo de un doble suicidio orgánico y mental. Y lo salvó porque supo gallarda y científicamente conceder el permiso para que de nuevo el bardo usara la droga. He aquí el texto de aquella necesaria solicitud mía:

Bogotá, junio 27 de 1934

Señor Profesor Jorge Bejarano.- E.S.D.

Señor Director: Recuerda usted al poeta Eduardo Castillo? Va para un año que la Atenas Suramericana

lo perdió de vista. Y a fe que el autor de “El Arbol que Canta” supo desaparecer de la circulación urbana, “de manera tan diáfana y tan leve” que ni siquiera los más rancios santafereños echaron de menos esa evanescencia de nuestra vida ambiente.

En mi calidad de médico, tócame presenciar, señor Director, el martirio tantálico que desde hace seis meses paraliza la inteligencia y fulmina el organismo de Eduardo Castillo. En Chapinero, y en una habitación estrecha y rectangular, vive el poeta el infierno disfuncional de su sistema neuro-vegetativo. A lo largo de las paredes montan guardia indolente y desteñida las fotografías de los seres y de las cosas caras a la emotividad del artista: allí están Valéry Larbaud y Charles Baudelaire; Renán, Barrés y la asimétrica figura de Verlaine, recién salido del hospital Broussais. Cercano al de Teresa de la Parra— y distante de una copia del entierro del Conde de Orgaz— se destaca un altivo retrato de Guillermo Valencia, enfocado en la pletórica virilidad de sus años mozos.

Pendientes de toscos clavos, enmohecidos por el olvido y el desuso, yacen las prendas clásicas de Castillo: la capa española y el sombrero calañés. Y sobre el suelo, al acaso, hileras y más hileras de libros y de revistas, ahogados dentro del polvo, esperando inútilmente en su inmovilidad ansiosa, que la mano familiar de antaño torne a interrogarlos.

Pero esa mano familiar de antaño, señor Director Departamental de Higiene, se encuentra ahora, edematosa, cianosada y átona. Los ojos habituados a captar, a través del cerebro la belleza para filtrarla y convertirla luego en diapasón emocional, hoy viven herméticamente obturados, no sólo por una lesión fóbica y purulenta, sino por la oscuridad de un pañuelo mortífero. En aquel lecho de madera, pintada en gris, apenas si respira el automatismo de un guiñapo humano. La afectividad se trocó en indiferencia; el intelecto en semiconfusión onírica, mientras el coeficiente voluntario franquea los límites máximos de la abulia.

En ese cuerpo exánime, torturado por la trepidación visceral de una cenestesia implacable —exteriorizada en accesos de melancolía ansiosa— se ha producido toda una hecatombe de la tensión psicológica.

¿Cuáles las causas de tan lamentable estado físico y moral de Eduardo Castillo? Una sola: “La desintoxicación morfínica”. Desde hace veintitrés años, el genial artista se inyectaba cotidianamente ese alcaloide en dosis que en las últimas épocas crecían gradualmente.

Una larga y detenida observación me ha convencido, señor Director, de que Eduardo Castillo se entregó a

"la maga de las redomas letales", no por perversidad constitucional ni disgenesia, sino por el determinismo congénito de su temperamento hiperemotivo, incapaz de soportar normalmente las múltiples acometidas del mundo exterior.

Cuando en el año pasado la Dirección General de Higiene se empeñó generosa, pero inútilmente, en redimir a los narcómanos de esta capital, el vate Castillo de manera espontánea —y aparentemente convencido de que al fin llegaba la hora de la regeneración orgánica— ingresaba al Manicomio de Varones, ávido de las más intensas, de las mejores ilusiones. Y efectivamente, gracias a la habilidad terapéutica, Castillo regresó a Chapinero, completamente libre del alcaloide y después de haber permanecido en el asilo por largo espacio de tiempo.

Pero es el caso, señor Director Departamental de Higiene, que pasan los meses sin que el artista encuentre antídoto alguno para su dolor; sin que su voluntad suministre el menor estímulo de acción; y —lo que es todavía más grave— sin que su poderosa inteligencia halle la luz del impulso creador. Un nihilismo absoluto mantiene inmisericorde garra en torno a su lecho. Sólo el dramático disfuncionamiento neuroglandular de su vida vegetativa le corroe, le embota el alma. Aquello es apenas comparable a las páginas macabras de Edgar Poe o de Dostoiéwsky. La existencia de Marcel Proust, en comparación con la que lleva ahora Castillo, fue un oasis de felicidad.

Veintitrés años en convivencia con el clorhidrato de morfina hacen de un ser (que es todo sensibilidad), no una mezcla tóxica, sino una combinación psíquica. Y en su caso, señor Director, pretender extraer el alcaloide de esta simbiosis eugenésica, es inhumano y es anticientífico. Porque de nada le sirvió a Castillo su buena voluntad para librarse de la droga; porque el vehemente anhelo suyo para despojarse de su segunda naturaleza —si así puede llamarse—, fue "sólo proyección de un sueño loco".

Por estos motivos, señor Director, y en consideración excepcional a la calidad ética y mental del artista, solicito de usted muy atentamente que se le conceda licencia para que pueda usar su droga, en las dosis y manera como se le suministraba antaño. Está demostrado (y esto usted lo sabe mejor que yo) que Eduardo Castillo, lejos de ser un perverso instintivo, es un atormentado, un "détraqué" del sistema neuro-vegetativo que ha menester del opio como de un catalizador psicológico para subsanar, en grandísima parte, las altas y bajas de sus aportes temperamentales.

Y como la desintoxicación a que fué sometido únicamente le condujo a una melancolía ansiosa que se torna-

ría crónica por la carencia del alcaloide, no sería justo que a Eduardo Castillo se le condenase, a ciencia y paciencia, a pasar el resto de sus días bajo la triste condición de un harapo humano.

El único medio posible de encauzarlo nuevamente, dentro de la vida, es la morfina. Con ella, su cerebro y, sobre todo, su inspiración, volverán a producir todavía muchas, muchísimas joyas de arte literario. Quizás las mejores. Usted, señor Director Departamental de Higiene, que es veterano buceador del corazón, puede devolver al poeta las vitaminas psíquicas indispensables para su sensibilidad y para su talento. Del señor Director, afectísimo amigo,

Edmundo Rico

Y con la droga comenzó a revivir Eduardo Castillo. Empero, un año de separación del "nirvánico jardín de adormideras" produjo crudelísimas soluciones de continuidad, heridas irrestañables en la frágil arquitectura de su organismo. La supresión del tóxico aumentó en el artista todas sus secreciones funcionales mientras un penoso frenesí de fenómenos vasomotores acortaba su existencia por lo menos en dos lustros. El exceso de secreción lacrimal unido a la falta de contracción de los párpados por carencia del alcaloide, echó a pique sus ojos. Casi ciego vióse obligado a renunciar a su más estimulante placer: la lectura. Durante un año, sus vísceras, privadas de la comunión diaria del opio, se dislocaron aparatosamente. Eduardo Castillo, otra vez tonificado y sostenido por la morfina, nunca volvió a ser el que todos conocimos antes de la fatídica desintoxicación de 1933.

Una septicemia acabó con lo poco que desde entonces le quedaba de vida. Buen cuidado tuvimos con Alberto Angel Montoya de no dejarlo sufrir. Sus postreros padecimientos hubieron de reducirse a quejas inconscientes e indoloras del espíritu. Sin exagerar, puedo decir que murió con amor y con fe, que se fue extinguiendo con "Los párpados violeta cargados de beleño y las candidas manos colmadas de amapolas"

Mi ánimo se contrista al exhumar estas reminiscencias inherentes al corifeo de la poesía colombiana. Fui su amigo y su médico por espacio de diez años. A mi acudía presuroso en busca de unas cuantas fórmulas de consuelo tóxico.

Esporádicamente, en mi consultorio —donde rezuman añosos reflejos condicionados— evoco su ausencia. A veces, en la antesala de espera, me parece percibir su voz angustiada, su capa espectral, sus cabellos negros, su nariz enigmática y el nervioso golpear de su caña amarilla con puño de plata. Alucinaciones auditivas y visuales de los ya ido, pero al fin alucinaciones, dirán algunos. . . Gratitud suprasensible de Eduardo Castillo para con su último médico, agregaría yo.

ARTE Y LITERATURA